

Merton con energía, Katz con estructura*

La sociología del revanchismo y la criminología de la trasgresión

*Jock Young*¹
University of Bath

En este artículo quisiera discutir el desdibujamiento y el cruce de los límites en la modernidad tardía. Quiero sostener que este derrumbe de las demarcaciones no sólo es característico de los tiempos de globalización económica y cultural en que vivimos, sino que esta superposición espacial, social y moral es la clave de las cambiantes características del delito y el castigo hoy. Es decir que la criminología de la trasgresión y la sociología del revanchismo deben ser entendidas en el contexto de las dinámicas sociales generadas por la naturaleza implosiva de los sistemas culturales y la naturaleza contradictoria de las estructuras espaciales y sociales que permiten y restringen la movilidad. Aún más, no sólo existen estos fuertes paralelismos entre las dinámicas del delito y el deseo de castigar, sino que hay cercanas

similitudes entre la violencia asociada con la criminalidad “común” y la violencia de la guerra y el terrorismo.

En “La Sociedad Excluyente” (1999) pongo en contraste el mundo incluyente del período de la posguerra de los años 1950 y 1960 con el orden social más excluyente de la modernidad tardía en el último tercio del siglo XX y después. La “Edad de Oro” de Eric Hobsbawm (1994), con altas tasas de empleo, seguridad laboral, matrimonio y comunidad estables, es contrastada con la sociedad más insegura e inestable que le siguió. Pues allí donde la Edad de Oro garantizó radicación social, fuertes certezas para las narrativas personales y sociales, un deseo de asimilar al desviado, al inmigrante, al extranjero, la modernidad tardía generó inseguridad, tanto ontológica como económica,

*Publicado originalmente en inglés en *Theoretical Criminology*, Vol. 7, N3, 2003, 389-414.

¹ Traducción del inglés de Mariano H. Gutiérrez (Universidad Nacional de Lomas de Zamora).

una discontinuidad en las narrativas sociales y personales y una tendencia excluyente hacia el desviado.

En mi investigación me he vuelto cada vez más crítico de las distintas formas de dar cuenta de estas transformaciones, en las que la exclusión social es presentada como una especie de proceso hidráulico en el que las mareas de la inclusión se han replegado dejando atrás a los destituidos y los incompetentes sin ninguna referencia a las dinámicas sociales del antagonismo y el conflicto social (por ejemplo, Wilson, 1987; *Social Exclusion Unit*, 1999). Aún más, es como si tal separación se encontrara invariablemente construida como un binario de inclusión-exclusión en el que el excluido existe en un área espacialmente segregada y distintiva social y moralmente (véase la crítica en Young, 2002).

Pronto se me volvió claro que tal dualismo está fundamentalmente mal concebido. Hace eco del saber convencional sobre la materia, seguramente, pero no considera adecuadamente el terreno social y espacial de la ciudad tardomoderna y la dinámica de los actores que la atraviesan. Sugiere correctamente barreras y divisiones pero, equivocadamente, exagera su eficacia y solidez: confunde a la retórica con la realidad, intenta imponer límites rígidos sobre una ciudad propia de la modernidad tardía, de cruces y demarcaciones borrosas. Afirma un localismo hermético en la era de la globalización. Además, no captura la intensidad de la exclusión —el revanchismo— ni el apasionado resentimiento de los excluidos, al pintar un cuadro demasiado calmo y racional de los ciudadanos afortunados —los incluidos.

También me he vuelto cada vez más desconfiado acerca de las explicaciones del delito que se construyen alrededor de las nociones de oportunidad, por un lado, y falta de controles, por otro. Esta teoría de la elección racional prevalece en un amplio espectro de autores (por ejemplo, Nelson, 1998; Garland, 2001), mientras que la racionalidad instrumental se encuentra implícita en muchos de los textos clásicos (por ejemplo Merton, 1938, 1957). En estas perspectivas, la motivación para el delito es generalmente mundana, la compensación ilegal del déficit o el simple aprovechamiento de oportunidades cuando existe un déficit en el control. No tengo dudas de que gran parte del delito es mundano, instrumental y oportunista en su motivación y de que hay personas cuya respuesta al delito es fría, calculada y racional. Pero una parte asombrosamente grande de los delitos, desde los *joyriding*² hasta los asesinatos, desde el vandalismo en locutorios a la violación, involucran mucho más que una motivación racional. El trabajo reciente en la criminología cultural, comenzando con el seminal *Seductions of Crime* (1988) de Jack Katz, se ha desarrollado en gran medida en la obra de autores tales como Stepheng Lyng (1990) y Jeff Ferrell (1997) y más recientemente en *Cultural Criminology and the Carnival of Crime* (2000) de Mike Presdee, (y en el trabajo de Keith Hayward *City Limits: Crime, Consumerism and Urban Experience*, 2003), apunta a la gran gama de delitos que son más bien expresivos antes que estrechamente instrumentales.

La criminología cultural revela casi exactamente lo opuesto al universo de delitos mundanos del que habla Felson, acentuando la

² El término suele hacer referencia a la conducta juvenil de apropiarse de un auto sin permiso y salir a dar un paseo, especialmente de forma irresponsable o peligrosa (N. de T.).

naturaleza sensual del delito, el flujo de adrenalina que implica estar en el límite, la toma voluntaria de riesgos ilícitos y la dialéctica del miedo y el placer (véase Ferrell et al., 2001). La estructura existencial de motivaciones que ellos exploran invierte la base de las teorías de las actividades rutinarias, de las oportunidades y del control. Aquí la motivación para cometer un delito no es mundana sino la rebelión contra lo mundano; las reglas son trasgredidas porque están ahí, el riesgo constituye un desafío y no una disuasión (ver Morrison, 1995) y el aumento continuo del control, la “trepidante criminalización de la vida cotidiana”—en palabras de Mike Presdee (2000, 159)—provo-ca trasgresión más que conformidad.

Lo que es de gran importancia en estas investigaciones acerca de los fundamentos existenciales del delito es que revelan la *intensidad* de la motivación y la relacionan con el contexto de un mundo en el que el placer debe ser alcanzado a pesar de la intensa “comodificación” de la cultura del consumidor, en la que se debe luchar por el control en una situación de creciente racionalización y regulación y en la que la identidad está amenazada por la inestabilidad de las narrativas sociales. Como señala Keith Hayward “dicho simplemente, muchas formas de delitos frecuentes en las áreas urbanas deben ser tomados exactamente por lo que son, un intento de lograr una apariencia de control dentro de mundos ontológicamente inseguros” (2002: 225). Y a este intenso impulso por la certeza ontológica, por la definición de momentos de placer y distensión, yo agregaría el enojo alimentado por la inseguridad y la privación económica. De esta manera, las intensas emociones asociadas al delito urbano hacen referencia a dramáticos y significativos problemas de la sociedad en su conjunto. Lo que es importante es que se

trata de una criminología que insiste en afirmar que, en un mundo de narrativas rotas, en el que la inseguridad económica y ontológica abundan, la naturaleza del crimen y su respuesta están lejos de lo mundano. Que los actores están lejos de ser pálidas criaturas que calculan las mejores maniobras a través del mundo social en orden a minimizar el riesgo y maximizar la satisfacción y que gran parte de la dinámica que está tras el delito tiene que ver con el resentimiento y gran parte de la respuesta a él, con el agravio. El delito tiene su excitación, su drama, sus seducciones; y el castigo, como aquél, su revanchismo, su hostilidad y sus satisfacciones apenas disimuladas. En contraste, la criminología vinculada con la teoría de la elección racional, con sus imágenes de oportunismo y de control, es simplemente la criminología del neoliberalismo, y sus reclamos de verdad son tan limitados como aquellos que describen a la sociedad como algo que se mantiene unido solamente por relaciones contractuales en el mercado. Además, el discurso de la criminología cultural no sólo está en un fuerte contraste teórico con el neoliberalismo; el propio atractivo de la transgresión, de lo que provoca ansiedad, de lo trascendente, es en sí mismo una reacción frente a un mundo dominado por instituciones y discursos dominados por el neoliberalismo (O'Malley y Mugford, 1994).

No sólo existe una fuerte simetría entre la etiología y la fenomenología del delito y del castigo, y en particular del crimen violento y la violencia estatal, sino que también hay estrechos paralelismos con los delitos cometidos en la guerra (por ambos bandos), en el terrorismo y en la respuesta a él, y en el desarrollo y ejecución del genocidio. Aún más, mucho se ha hecho sobre las llamativas similitudes entre la violencia del delito convencional y la violencia de la guerra (no

es menor que ambas tienen los mismos actores, jóvenes, hombres, de clase baja) y los paralelismos entre la guerra contra el delito y la guerra misma. De hecho, la emergente criminología de la guerra parece estar reuniendo a las narrativas del delito y de la guerra y remediando la sorprendente omisión de la guerra (véase Jamieson, 1998 y, sobre el genocidio, véase Morrison, 2003) en la criminología convencional.

1. Desdibujando la visión binaria

Abordemos la noción del binario de inclusión-exclusión y a las nociones de separación espacial, social y moral asociadas a él. Quiero sostener que el desdibujamiento de estos límites es la clave para la dinámica de los antagonismos dentro de la sociedad, tanto de los pobres hacia los más acomodados, como de los que están más arriba hacia los que están por debajo de ellos. Nótese que quiero oponerme a esta tesis no desde una perspectiva que argumente que no existen disparidades a gran escala en la sociedad tardomoderna o que no existan áreas de la ciudad particularmente afectadas por el delito y en las que sus habitantes experimenten exclusión y estigmatización sociales. Seguramente todo esto es verdad y debe ser un objetivo y una prioridad para cualquier política progresista. Pero la construcción del problema en modo binario oscurece la cuestión, pues la noción de exclusión social, irónicamente, exagera el grado de exclusión a la vez que subestima la gravedad del problema. El peligro del concepto de exclusión social es que presupone un conjunto de binarios falsos: lleva consigo la idea de que los actores están incluidos o excluidos —a un lado de la línea y no al otro—; ignora el hecho de que los problemas ocurren en am-

Me gustaría ahora examinar la estructura de la inclusión-exclusión social, focalizándome en tres áreas: primero, el desdibujamiento de los límites entre los términos de la concepción binaria de la exclusión social; segundo, la implosividad cultural de la modernidad tardía y el fenómeno que llamo “bulimia”; tercero, una crítica de la descripción de la ciudad dual de la segregación espacial.

bos lados de la línea, aunque en uno de ellos estén más agrupados y juntos que en el otro y, más sutilmente, oculta el hecho que la “normalidad” de la mayoría es en sí misma profundamente problemática.

El concepto de exclusión social implica que existe una *underclass* homogénea, la reserva del catálogo actualizado de los vicios y los déficit, que contrasta con una mayoría de incluidos virtuosa y relativamente estable. En realidad ellos son, como señala Herbert Gans (1995), un grupo heterogéneo. Además, como indicaron John Hills *et al.* (2002), los individuos en cuestión son frecuentemente móviles durante sus vidas y existen en niveles extraordinariamente diferentes a lo largo de cualquier escala de inclusión y exclusión. La imagen que he usado en “La Sociedad Excluyente” fue la de una playa en la que hay un movimiento de mareas, centrípeto y centrífugo, en la que hay poco que sea estático o seguro (véase también Byrne, 1990). En contraste, la imagen convencional de los excluidos como similares y estáticos traiciona por su homogeneidad y fijeza su verdadera naturaleza, una categoría ideológica, un agrupamiento de “demonios locales” en el proceso de creación del “otro”. Además, con respecto a la

esquemmatización de los problemas como el desempleo o la pobreza, la inseguridad económica no es desconocida fuera de estas áreas diseñadas –de hecho, cuantitativamente son problemas más importantes en los centros de la sociedad, mayoritarios y supuestamente seguros, que en la minoría seleccionada de áreas “excluidas”–. Lo mismo vale, por supuesto, para el uso de drogas ilícitas, la desorganización comunitaria, las estructuras familiares inestables, etc. En el caso de la noción de “la mayoría normal” se asume que, en este mundo, las diferencias de clase son de alguna manera insignificantes, que el trabajo pago es un beneficio sin ambigüedades, que la vida en la familia “estable” no es problemática, que el uso de drogas psicoactivas lícitas es un problema menor que el “abuso” de drogas ilegales, etc.

Sin embargo, podemos ir más allá, pues hay amplia evidencia de que la cultura de la satisfacción de la que habla John Galbraith (1992) –una “mayoría satisfecha”, que está “muy bien, gracias”, pasándola bien, compartiendo poco con la minoría excluida y manifestando pocas preocupaciones acerca de ella– es un mito. Las demandas por una fuerza de trabajo cada vez más flexible acopladas con el salto en la automatización y sofisticación de los programas informáticos han causado grandes sacudones de inseguridad a lo largo de la estructura laboral.

El desempleo, los contratos a corto plazo, las estructuras de carreras múltiples, están a la orden del día. Aún más, como ha descubierto el informe de la Joseph Rowntree Foundation, *Job Insecurity and Work Intensification* (Burchell, 1999), el desempleo no sólo causa inseguridad laboral crónica, sino que los trabajadores que quedan tienen que trabajar horas extras para cubrir las áreas de los despedidos (Burchell, 1999: 60). Para aquellos que trabajan, el día laboral se ha extendido: por supuesto, es cada vez más fácil para el empleador exigir cada vez más cuando la seguridad del empleo es incierta. *El mercado no compete en lugares duros, va a por el tejido blando del tiempo y la vulnerabilidad*. Sumado a ello, mientras que en el pasado el ingreso de un asalariado era suficiente para mantener una familia, la “familia de carrera doble” se ha convertido en un lugar común donde ambos miembros de la pareja están inmersos en el mercado de trabajo. Y si la precariedad y la incertidumbre en la esfera económica se encuentran ampliamente difundidos, también lo están en la esfera doméstica: divorcio, separación, padres y madres solteros son endémicos, con las presiones del trabajo sumándose a la inestabilidad de la familia en la modernidad tardía.

2. Bulimia: no exclusión, sino inclusión-exclusión

Hay un extraño consenso en las obras recientes sobre la *underclass*. Los autores tanto de derecha como de izquierda coinciden en que lo que hay no es una cultura separada de la pobreza, como asumían los anteriores escritores conservadores y radicales (por ejemplo Edward Banfield, 1968, en la derecha, o Michael Harrington, 1963, en la izquier-

da) sino que más bien lo que ha ocurrido es un derrumbe de la cultura (véase Murray, 1984; Wilson, 1987).

Todos estos análisis sobre la moral de los pobres se focalizan en el *déficit*: según los autores recientes ellos carecen de nuestros valores, mientras que para los autores anteriores tenían valores diferentes que eran per-

cibidos como deficientes. Todos ellos describen un sistema (o una ausencia) de valores más o menos similares: hedonismo a corto plazo, falta de autocontrol, falta de voluntad para posponer el placer inmediato, agresividad y predisposición a usar la violencia para conseguir sus metas.

En "La Sociedad Excluyente" me dispuse a examinar este cuadro de las normas de conducta que se encuentran en la parte inferior de la estructura social. Decidí tomar a la *underclass* negra norteamericana como caso testigo pues, ciertamente, si estas tesis eran ciertas sería entre estos supuestos desclasados del Sueño Americano en donde se encontraría esta cultura deficitaria, localizada, distintiva y anómica. Particularmente busqué en la brillante etnografía de Carl Nightingale (1993) del gueto negro de Filadelfia, *On The Edge*. Lo que Nightingale descubrió desmentía estas imágenes. En realidad, el gueto era la apoteosis de los Estados Unidos. Allí había una inmersión completa en el Sueño Americano: una cultura

atrapada por Gucci, BMW, Nike, mirar televisión 11 horas al día, compartiendo la obsesión de la cultura dominante por la violencia, apoyando, cuando el estudio fue realizado, el involucramiento de Bush en la Guerra del Golfo, haciendo fila en los cines, idolatrando el éxito, el dinero, la riqueza y el estatus e incluso compartiendo de una forma perversa el racismo de la sociedad general. El problema del gueto no era tanto el estar simplemente excluido, sino más bien el de estar demasiado fuertemente incluido en la cultura pero sistemáticamente excluido de su realización. Todo esto recuerda a Merton, pero en la modernidad tardía la implosión de la cultura más amplia sobre lo local se intensifica dramáticamente. Tenemos un proceso que yo relacioné con la bulimia del sistema social: una sociedad que canta el mantra liberal de la libertad, igualdad y fraternidad y, sin embargo, en el mercado de trabajo, en las calles, en los contactos cotidianos con el mundo exterior, practica sistemáticamente la exclusión.

3. Cruzando los límites: contra la tesis de la ciudad dual

Así, la *underclass* es construida como un "otro", como un grupo con normas defectuosas que contrastan con la mayoría normal. Y en esta región residirían toda clase de delitos e incivildades. Desde esta perspectiva de esencialización del otro, la demanda es localizar las áreas problemáticas: ¿dónde, exactamente, *están* los demonios, por así decirlo? De esta manera se dice que la *underclass* está localizada en el interior de los guetos claramente demarcados de las zonas bajas de la ciudad o en las precarias villas satélite perdidas en los confines de los centros urbanos. Pero, en realidad, esta precisión no existe: los pobres no están tan fir-

memente acorralados como algunos pueden pensar. Tal como escriben Gerry Mooney y Mike Danson en su crítica al concepto de "ciudad dual", en base a su investigación sobre Glasgow —una ciudad, algunos dirían, de contrastes económicos y culturales extremos—: "*En los relatos del emergente 'cuento de dos ciudades' en Glasgow, la atención que reciben las urbanizaciones periféricas no guarda relación directa con los niveles y proporciones de pobreza encontrados aquí. En parte esto es una consecuencia de la resistencia a definir adecuadamente las áreas o grupos sociales en cuestión. Dentro de estas urbanizaciones periféricas existe*

una marcada diferenciación entre las diversas partes que las componen, en términos de desempleo, pobreza y privación. Esto está casi completamente omitido en los cuadros dominantes de estas urbanizaciones que han salido a la luz en años recientes, que este-reotipan a estos lugares como enclaves homogéneos de 'desesperanza' y 'resignación'" (1997: 84-5)

De forma similar, John Hagedorn apunta a la colorida variedad de barrios que ha estudiado en Milwaukee: "un damero de luchadores de clase trabajadora y familias pobres coexistiendo, aún en la misma cuadra, con casas de ventas drogas, pandillas y violencia rutinaria" (1991: 534). Probablemente los geógrafos urbanos de todos los tintes políticos preferirían una cartografía más clara de lo que es saludable pero, en la realidad, los contornos de la modernidad tardía, siempre difusos, se evaden y se cruzan (véase Young, 2001).

De manera que la separación espacial difícilmente sea tan estricta como se sugiere frecuentemente, a causa de importantes razones económicas subyacentes. Es por esta razón que uno debería ser crítico de Zygmunt Bauman cuando escribe acerca de Washington D.C.: "*En Washington D.C. (...) existe un límite invisible que corre a lo largo de la Calle 16 en el oeste y el río Potomac en el noroeste, y aquellos que quedaron del otro lado harán bien en no franquearlo. La mayoría de los adolescentes que detrás del límite invisible, pero no por ello menos tangible, nunca vieron el centro de Washington, con todo su esplendor, su ostentosa elegancia y sus placeres refinados. En su vida, ese centro no existe. No se puede conversar*

por encima del límite. Las experiencias vitales son tan marcadamente diferentes, que no está claro sobre qué podrían hablar los residentes de uno y otro lado si se encontrasen y se detuvieran para conversar. Como remarcó Ludwig Wittgenstein 'si los leones pudieran hablar, no los entenderíamos'." (1998 a, 86).

Esta elocuente expresión de la tesis de la ciudad dual está errada, no en su referencia a la división, sino en sus referencias a los límites. Porque los límites son cruzados regularmente, y el lenguaje hablado en uno y otro lado es llamativamente similar. La falla más obvia en esta argumentación tiene que ver con el género: mucamas, enfermeras, personal religioso cruza hacia el trabajo todos los días. Las mujeres, como afirmó William Julius Wilson en *When Work Dissapears* (1995), son más aceptables en el mundo exterior al gueto que sus contrapartes masculinos. Después de todo, son los *home boys*³ los que se quedan en casa. Pero botones, taxistas, porteros, encargados de mantenimiento, viajan regularmente a través de los límites invisibles de Washington D.C. Entonces, no es únicamente a través de la televisión que el sentimiento de privación relativa del pobre se intensifica, es también en el conocimiento directo y frecuentemente íntimo de las vidas de los ricos (véase también Rieff, 1993).

La ciudad dual en la que el pobre es moralmente segregado de la mayoría y mantenido físicamente apartado por medio de barreras es un mito. Los límites se cruzan con regularidad, la *underclass* existe de ambos lados de todas formas, pero aquellos que están agrupados en las partes más pobres de la

³ Literalmente "chicos de la casa", expresión que se usa en la jerga de la clase negra pobre norteamericana para referirse a un igual, amigo o compinche [N. del T.].

ciudad a menudo trabajan al otro lado de las vías para mantener a las familias más acomodadas en funcionamiento. *El trabajo pobre mantiene funcionando al trabajo rico: de hecho, es sólo la disponibilidad de esa "colaboración" barata lo que permite continuar a las "familias con carreras dobles"* (véase Gregson y Lowe, 1994). Tampoco están los pobres excluidos moralmente. Están lejos del aislamiento social, y las virtudes

del trabajo y la familia estable les son presentadas todos los días. Pues no sólo la experimentan físicamente de forma directa en su rol de niñeras, cocineras, meseras, mucamas y porteros de hotel; además, reciben de los *mass media* una ración diaria de estas virtudes, de hecho, una que es mayor que la que consumen aquellos que están en el mercado de trabajo principal.

4. Los límites de la bulimia

Los límites físicos, sociales y morales se cruzan constantemente en la modernidad tardía. Como hemos visto, son transgredidos a causa del movimiento individual, la movilidad social, la coincidencia de valores y problemas en ambos lados de cualquier línea y por la tremenda incursión de los *mass media* que presentan imágenes ciudadanas y verdaderamente globales a todos y cada uno, creando comunidades virtuales e identidades comunes a través de considerables barreras espaciales. Los límites se cruzan, los límites cambian, los límites se desdibujan y se cambian de lugar.

Los excluidos sociales no existen, por lo tanto, en algún "otro lugar" separado espacial, social y moralmente de la sociedad en general. Sugerir esto no implica decir que las barreras físicas no existen. El tránsito en general está preordenado de tal manera que separe partes de la ciudad, los sistemas de transportes dejan zonas urbanas enteras dislocadas del resto y las comunidades cerradas se dan tanto en las zonas afortunadas como desafortunadas. No se trata de negar que una característica de la sociedad tardomoderna sea el establecimiento de barreras, la exclusión. Tampoco de sugerir que las divisiones culturales se establecen por una sociedad alimentada por el preconceito y el

prejuicio. De hecho, el discurso sobre la exclusión social, con su estructura binaria, es en sí mismo parte de un intento de construir barreras y distinciones morales. Más bien, se trata de señalar que tales parámetros físicos son exagerados, que las comunidades virtuales construidas por los *mass media* trascienden fácilmente las demarcaciones físicas y que sus valores son compartidos mucho más extensamente de lo que los teóricos del aislamiento social sugieren.

El lenguaje binario de la exclusión social fundamentalmente malinterpreta la naturaleza de la modernidad tardía. Hay aquí un mundo en que los límites se desdibujan, las culturas se cruzan, hibridizan y confunden, en el que la globalización cultural irrumpe, en el que las comunidades virtuales se desatan de sus anclajes espaciales y locales. La ciudad tardomoderna tiene límites difusos; era la ciudad fordista de la modernidad la que tenía una estructura segregada, una división del trabajo en áreas especializadas, una Chicago de anillos concéntricos. Ahora las líneas se hacen borrosas: las clases medias recuperan el centro de la ciudad, la desviación existe en los suburbios. Es un mundo de globalización, no de separación; de desdibujamiento, no de líneas estrictas de demarcación; culturalmente, un mundo de híbridos, no de pedigríes, de

pequeñas y no de grandes diferencias. La mera existencia de una comunidad virtual y la decadencia de su contraparte física significan que es imposible para una *underclass* existir separadamente.

Una vez más, nada de esto tiende a sugerir que las considerables fuerzas de la exclusión no existen, sino que el proceso no es el de una sociedad de simple exclusión. Más bien, es una en la que concurren la inclusión y la exclusión, una *sociedad bulímica* en la que la inclusión cultural masiva está acompañada por una sistemática exclusión estructural. Es una sociedad que tiene fuertes corrientes tanto centrífugas como centrípetas: absorbe y expulsa. Notemos, antes que nada, el conjunto de instituciones que impactan en el proceso de la inclusión: los medios de comunicación masivos, la educación masiva, el mercado de consumo, el mercado de trabajo, el estado proveedor, el sistema político, el sistema de justicia penal. Cada uno de ellos conlleva un sistema de valores universales, de nociones democráticas de igualdad y recompensa y de tratamiento de acuerdo a la circunstancia y al mérito. Cada uno de ellos se ha expandido a través del siglo y ha sido acompañado por un crecimiento constante en la noción de ciudadanía, abarcando partes cada vez más amplias de la población en términos de edad, clase, género y raza. Y dentro del período de la modernidad tardía se han incrementado exponencialmente, en particular, los medios de comunicación masiva, la educación masiva y los mercados de consumo y de trabajo. Cada una de estas instituciones no es solamente una fuerte impulsora de la ciudadanía inclusiva, sino también, paradójicamente, el lugar de la exclusión. Los mercados de consumo propagan una ciudadanía de consumismo alegre, pero la capacidad de gastar (e incluso algunas veces la posibilidad de entrar) en el centro comercial es severamente limitada,

el mercado de trabajo incorpora cada vez más población (la entrada de las mujeres al trabajo asalariado es el principal ejemplo) y sin embargo, como astutamente ha enfatizado André Gorz (1999), precisamente en el momento en que el trabajo es visto como la virtud principal de la ciudadanía, el trabajo bien pago, seguro y con sentido está restringido a una pequeña minoría. El sistema de justicia penal es, en los papeles, la apoteosis de la igualdad de derechos. La *Police and Criminal Evidence Act* británica, por ejemplo, regula entre otras cosas, la facultad policial de parar y registrar a las personas. Es una auténtica representación teatral de las nociones neoclasistas de la igualdad de los ciudadanos frente a la ley y la necesidad de una sospecha "democrática", sin embargo, en las calles, en la práctica, la actividad policial se encuentra indiscutiblemente desviada en términos de raza y clase (véase Mooney y Young, 2000). La política es una exclamación frecuente de la radio y la televisión, los *mass media* hablan de parte nuestra del "bien común" y "los hombres y mujeres comunes", incluso exhiben y entrevistan frecuentemente al público general, aunque la gran mayoría de la gente se siente excluida de la toma de decisiones políticas. Aún la pequeña minoría de miembros activos de un partido suele sentirse impotente y sin influencia. La educación masiva es la principal correa de transmisión de las ideas meritocráticas, el terreno en el que se cultiva la igualdad de oportunidades, sin embargo, tal como han señalado los teóricos de las subculturas, desde Albert Cohen hasta Paul Willis, sus estructuras sirven para reproducir las divisiones de clase y exacerbar el resentimiento. Finalmente, los medios de comunicación masiva tienen un rol crucial. Los medios han crecido inmensamente y ocupan una parte considerable de la vida de las personas cuando están despiertas. En 1999, por ejemplo, una persona

promedio en Inglaterra y Gales cada semana miraba 26 horas de televisión, escuchaba 19 horas de radio y, además de eso, leía los periódicos y revistas de circulación masiva. Es decir que el 40% de la vida que una persona pasa despierta se gasta mirando TV o escuchando a la radio, elevándose al 60% en su tiempo libre, en caso de que tenga la suerte de estar empleado. Mientras más abajo se encuentra el ciudadano en la estructura de clases —si se quiere, mientras más excluido está—, más consume medios de comunicación masiva. Así, paradójicamente, la inclusión cultural es inversa a la inclusión estructural. Los medios llevan consigo fuertes nociones del ciudadano universal y, por supuesto, presentan un cuadro de las otras instituciones: el mundo del consumo, del trabajo, de la educación, la política y el sistema penal. Sin embargo, más allá de este compromiso general con el orden social, el contenido mismo de las noticias es el opuesto: desorden, caos, quiebre social, injusticia (véase Young, 1981).

El fenómeno de la globalización cultural impulsa de manera fundamental este proceso de bulimia. Telenovelas, noticias, publicidades, contienen no sólo un argumento, una historia y un producto sino un entorno de expectativas y supuestos. La cultura del primer mundo impregna al globo y lleva consigo las nociones de igualdad, valores meritocráticos, libertades civiles; hace proselitismo no sólo de las expectativas acerca de estándares de vida sino de las nociones de libertad y ciudadanía.

Quiero sugerir que es esta naturaleza bulímica de las sociedades tardomodernas la que ayuda a explicar la naturaleza y el tenor del descontento en la parte inferior de la estructura social. Está enraizado, simplemente, en la contradicción entre ideas que legitiman el sistema y la realidad de la estructura que lo constituye. Pero las tensiones entre ideales

y realidad existen sólo a causa de la conciencia manifiesta y generalizada de ellas. Tanto la furia punitiva de los rectos como el ardiente resentimiento de los excluidos ocurren por este desdibujamiento en las líneas de demarcación, porque los valores son compartidos y el espacio está transfigurado, porque las mismas contradicciones entre ontología y recompensa existen a lo largo de toda la sociedad, porque los espíritus de los que están adentro y los que están afuera de la “minoría satisfecha” están lejos de ser tan distintos, comparten los mismos deseos y pasiones y sufren las mismas frustraciones, porque no hay seguridad de un lugar ni certeza de ser y porque las diferencias no son esencias, sino apenas tonalidades de las escalas menores de la diversidad.

La misma intensidad de las fuerzas de la exclusión es un resultado de bordes que son atravesados regularmente, más que de límites herméticamente sellados. Ningún orden social de castas se encontraría tan atravesado por el delito, ni tan urgido en demonizar y poner en la picota al otro. Porque es una exclusión insatisfactoria en su conjunto: los bordes y los límites son inefficientes; crean resentimiento, pero no logran exclusividad. Pues los “excluidos” habitualmente pasan por sobre los límites, ya sea física o virtualmente: sienten la injusticia, *conocen* la desigualdad, mientras que aquellos suficientemente “afortunados” para estar “incluidos” no son parte de la “cultura de la satisfacción” a la que aludió famosamente John Galbraith; más bien están inseguros sobre su buena fortuna, poco claros sobre su identidad, inciertos sobre su posición en el lado incluido de la línea.

Pero para entender la naturaleza de las fuerzas de exclusión, las barreras que se erigen para fortalecer la estructura social, debemos ir más allá y mirar en el dilema de los “incluidos”.

5. La precariedad de la inclusión

Hemos discutido cómo, en el proceso de bulimia, los excluidos están incluidos en las normas y el mundo social de la sociedad general. Pero podemos difuminar estos binarios aún más, porque debemos ahora entender cómo el dilema social y la experiencia de los incluidos son paralelos a las de los excluidos y cómo este proceso es la clave para entender algunos de los antagonismos más fundamentales dentro de la sociedad tardomoderna.

Para entenderlo debemos primero distinguir las dos facetas básicas del orden social dentro de las sociedades industriales avanzadas. Primero, el principio según el que las recompensas son asignadas según el mérito, esto es, una noción meritocrática de la justicia distributiva. Segundo, que el sentido de identidad y el valor social de las personas son respetados por otros, esto es, justicia en el reconocimiento. Cuando se infringe la primera, hablamos de privación relativa, cuando se viola la segunda hablamos de falta de reconocimiento e inseguridad ontológica (véase Fraser 1997, Young, 2001). Si examinamos el terreno de la modernidad tardía en estas áreas claves de la justicia distributiva y la justicia del reconocimiento, encontramos un alto grado de incertidumbre. Mi afirmación es que en ambas áreas, la modernidad tardía trae consigo una sensación de azar: un caos de recompensas y un caos en la identidad. Tomando en primer lugar la justicia distributiva, el desmantelamiento de los mercados de trabajo y la lotería de quienes se encuentran en cada sector, el crecimiento de una industria de servicios que consiste en unidades diversas y dispares, las discontinuidades aparentemente azarosas en las carreras laborales, las recompensas disparatadas y mayormente inmerecidas en las finanzas y en el mercado de propiedades, dan

un sentido dislocado de las recompensas, asignadas más por capricho que por las reglas del mérito.

En segundo lugar, en el área del reconocimiento, del sentido del valor propio y el lugar, de la ontología, ha habido un caos similar. Alimentado, en gran parte, por una extendida discontinuidad de las biografías personales, tanto en el mundo del trabajo como dentro de la familia, aunada con el socavamiento del sentido de localidad, de un lugar físico de pertenencia (ver Young, 2001). Este desarraigo (ver Giddens, 1991) crea una inseguridad ontológica, una crisis de identidad: la respuesta más fácil a esta situación es la evocación de un esencialismo que afirme la naturaleza fundamental, inmutable, de uno mismo y de los otros. Este proceso consiste de tres etapas, primero, una insistencia sobre el valor de algunas cualidades esenciales (culturales o biológicas) que son asociadas con los individuos en cuestión (ya sea nacionalidad, "raza", clase, religión o etnia), y segundo la denigración de los otros como esencialmente carentes de estas virtudes (véase Young, 1999). Además, este proceso de movilización de esencialidades negativas con respecto a los otros crea prejuicios, exclusiones y estereotipos dentro de la sociedad que más tarde alimentan los sentimientos de inseguridad ontológica de los otros. Esta es, si se quiere, una tercera etapa en la que aquellos que están "otrizados" y esencializados, provocan un endurecimiento de sí mismos (el más típico ejemplo es el endurecimiento del machismo) para combatir su humillación y exclusión social. Este proceso de "otrización" tiene, por lo tanto una circularidad que se retroalimenta.

Es importante notar cómo este proceso de otrización, de mutua deshumanización, promueve y facilita la violencia. Esta movili-

ción de la agresión involucra conjuntamente al sentimiento de injusticia económica (algún tipo de privación relativa) y sentimientos de inseguridad ontológica. Entonces, para crear un “buen enemigo” debemos ser capaces de convencernos a nosotros mismos de que: (1) ellos son culpables de la mayor parte de nuestros problemas, (2) ellos son intrínsecamente diferentes de nosotros –inherentemente malvados, intrínsecamente malignos, etc.– Este proceso de resentimiento y deshumanización nos permite separarlos del resto de la humanidad (nosotros), pero también nos permite endurecernos para poder manejarnos en la situación especial de una amenaza. Podemos actuar *temporalmente* fuera de nuestros instintos humanitarios, porque estamos tratando con aquellos que actúan inhumanamente. Esta técnica de neutralización permite la transgresión de nuestras prohibiciones generales contra la violencia. Surge tácitamente que este proceso de esencialización no ocurre solamente en el ámbito doméstico, por ejemplo, en las justificaciones de la violencia homofóbica y los sentimientos vituperativos del público general contra los “delincuentes violentos”, sino también en términos de drama-

tización del mal entre, digamos, el Primer Mundo y sus terroristas.

Tanto el crimen como el castigo son áreas fuertemente afectadas por estas incertidumbres. La privación relativa, especialmente cuando se suma con la falta de reconocimiento y el menosprecio pueden llevar al delito. El clásico ejemplo doméstico es la marginación económica de un grupo, acompañada por el acoso policial. De forma similar, la globalización cultural proyecta imágenes de la “buena vida”, el éxito económico, los placeres del consumo y de un estilo de vida, y la relativa longevidad de la vida misma en el mundo, mientras que la globalización económica abre al mundo entero como un mercado, generando en muchas instancias, inseguridad económica y subordinación. Tal escenario está hecho a medida para la privación relativa global a través de los límites entre el primer y el tercer mundo, tal como la dominación cultural engendra la necesidad de contra-imágenes construidas desde la tradición y la esencialización. Fuera de este terreno existencial cargado de envidia económica, inseguridad ontológica e indignación honesta, el fundamentalismo florece y el terrorismo echa raíces rápidamente.

6. El foco sobre la *underclass*

La privación relativa también puede ocurrir cuando alguien que está más arriba en la estructura de clases puede ver, hacia abajo, recompensas inmerecidas que no se corresponden con las disciplinas del trabajo y el autocontrol. Más aún, tanto como la privación relativa y la inseguridad ontológica del pobre pueden llevar al delito, tal vez más paradójicamente, la privación relativa de los más afortunados puede llevar hacia sentimientos punitivos. Como hemos visto, el ciudadano trabajador de la mayoría percibe un mundo en el que las recompensas parecen asigna-

das de forma caótica. La *underclass*, aunque en realidad es un grupo heterogéneo en su composición y mal definido en su naturaleza, es un blanco fácil para el resentimiento (véase Gans, 1995: 2; Bauman, 1998b: 66-7). Reconstituida, presentada como homogénea y claramente delimitada en los *mass media*, se convierte en un foco primordial de la atención pública en la forma de estereotipos: “el pobre que no se lo merece”, “la madre soltera”, “el que se aprovecha de los planes sociales”, etc., y un foco fácil para la hostilidad. Estos estereotipos deben su constitu-

ción a los procesos de esencialización, tan importantes a causa de la prevaleciente crisis de identidad. Esto es, derivan de imágenes negativas que son el exacto opuesto de las "virtudes" de los incluidos, arrojando así al mundo social dentro del molde binario que he discutido anteriormente. Entonces, si el caos de recompensas crea una fácil hostilidad hacia la *underclass*, el caos de identidad se apodera de ellos como un fantasmagórico "otro", con todas las características opuestas a las de un mundo de ciudadanos honestos y trabajadores y, en consecuencia, un accesible soporte negativo para su seguridad ontológica.

Pero nótese la paradoja: aquí, una *underclass* que es, en realidad, muy similar al resto de la sociedad, genera antagonismo y dis-

tanciamiento. Los pobres se vuelven más parecidos a los más ricos, al mismo tiempo que son "otrificados" por ellos; cuanto mayor sea el grado en que los pobres se parecen al resto, más se resienten por su exclusión. De hecho, es el estrechamiento de las diferencias culturales lo que permite al resentimiento viajar hacia ambas direcciones en esta calle de dos manos. He aquí el quiebre del aislamiento social y espacial en la modernidad tardía que he documentado: como consecuencia de la globalización, los medios masivos de comunicación, el mercado de consumo y la educación masiva llevan a una disminución de las diferencias culturales y a un aumento del descontento, tanto dentro de los países como entre los países.

6.1. La globalización y la generación del descontento doméstico y global

Las fuerzas gemelas de la globalización económica y cultural impactan conjuntamente con considerable efecto a nivel doméstico y a nivel global. Aunque el nivel y la extensión de la globalización económica es discutible (Hirts y Thompson, 1999), el impacto es en todo el mundo. Los pobres del Primer Mundo no son abandonados en los barrios bajos por el capital, viven y se involucran intensamente en sus mercados y sus ojos están puestos en el mundo exterior. El campesinado del Tercer Mundo puede no contribuir mucho a la economía mundial y a la tríada Estados Unidos, Europa y Japón (véase Thompson, 2000) pero esto no significa que estén fuera de las fuerzas de globalización económica: su café se vende en los mercados mundiales, compran Coca-Cola en sus kioscos. Aún más, la globalización cultural que acompaña al mercado global, eleva las aspiraciones de la gente, amenaza sus identidades y alimenta su descontento.

Quisiera sostener que el descontento que surge de las incertidumbres materiales y ontológicas que la globalización engendra tiene forzados paralelismos en el nivel doméstico y global. Aún más, estos sentimientos colisionan y se exacerban mutuamente. En honor a la brevedad desarrollaré esquemáticamente este proceso:

1- *La ampliación de las diferencias en el ingreso.* A nivel doméstico ha habido una ampliación de las diferencias de ingreso en el Primer Mundo (sobre los Estados Unidos, véase Mishel et al., 2001), mientras que a nivel global ha crecido la brecha entre las naciones ricas y las pobres (véase ONU, 1999).

2- *Globalización cultural y privación relativa.* Las crecientes diferencias en el ingreso, a pesar de su gravedad, no generan por sí mismas descontento; lo que lo hace es la privación relativa generada por la globalización cultural. En el interior del Primer

Mundo, a los pobres se les ofrece un banquete con imágenes de consumo y meritocracia, mientras que encuentran desigualdad e injusticia estructurales; la globalización cultural les presenta estándares de consumo, salud y bienestar material como universales y sin embargo estos están distribuidos de forma palpablemente grosera e injusta. La saturación de la exposición de los medios de comunicación tanto en las partes más pobres del Primer Mundo como en los rincones más alejados del globo en un contexto de gruesas desigualdades tiene una cualidad bulímica.

3- *La globalización y la crisis de identidad.* El impacto de las políticas neoliberales en el Primer Mundo exhortando a la flexibilidad laboral y suscriptas por la globalización económica y los avances en la automatización generan inestabilidades del empleo, de la carrera laboral y la comunidad mientras colocan gran presión en la vida familiar (véase Currie, 1997). Paralelamente el individualismo de la sociedad de mercado genera convulsiones maritales y familiares. Por todo ello, las biografías se vuelven constituidas por narrativas rotas, ocurre una situación de desarraigo social y hay una extendida crisis de identidad. El impacto de la globalización cultural en el Tercer Mundo es la amenaza a la tradición, el socavamiento de realidades dadas por supuestas y la desestabilización de las identidades. Aunque tal crisis de identidad involucra a franjas mayoritarias de la población, es particularmente aguda entre los pobres que sufren marginación económica y política; esto es, domésticamente ellos no se sienten sólo económicamente descartados sino también menospreciados y no respetados, mientras que, globalmente, grupos minoritarios y naciones y culturas enteras se sienten económicamente dependientes y políticamente dejados de lado.

4- *La privación relativa y la inseguridad*

ontológica. La combinación de privación material e inseguridad ontológica engendra intentos para asegurar la identidad esencializando la propia cultura y esfuerzos para endurecer esta identidad culpando y esencializando negativamente a los otros. Tal proceso de deshumanización del otro en aras de asegurarse a uno mismo provee de una importante técnica de neutralización en lo que se refiere al uso de la violencia. Esto es, si la injusticia provee una racionalización para la violencia, la deshumanización la permite.

5- *El narcisismo de las diferencias menores.* Tal crisis de identidad evoca la necesidad de identidades distintivas y endurecidas sea que estén centradas alrededor del machismo, la comunidad, la nacionalidad o la religión. Esto presenta tanto una dificultad como una urgencia, dado que en una era de globalización cultural, las culturas alguna vez distintas se han vuelto más similares tanto dentro de un país como internacionalmente. Así, como Carl Nightingale (1993) muestra en sus estudios de la *underclass* negra de Filadelfia, y como Michael Ignatieff ha demostrado vívidamente en *Warriors Honor* (1999) con su examen del conflicto Serbio-Croata, las diferencias deben ser construidas activamente. De manera que, en términos de Freud (1929), "el narcisismo de las diferencias menores" engendra conflictos apasionados e intensos (véase también Blok, 1998). Las tradiciones son inventadas y las diferencias improvisadas, sea en la generación de las culturas masculinas de naturaleza casi caricaturesca (precisamente en el momento en que las diferencias de género son cada vez menores) o en la evocación de mitos y leyendas en la Irlanda del Norte o en los Balcanes.

6- *Las guerras de la identidad.* En *Justice Interruptus* (1997) Nancy Fraser hace notar que el período presente se ha caracterizado por las políticas de la identidad más que por

las de clase. La clase por supuesto, difícilmente ha desaparecido pero, tal vez más precisamente, las políticas de clase con frecuencia están envueltas en un discurso de la identidad. El delito, en este período presente, se manifiesta de forma similar en relación con la identidad; el crimen instrumental del pasado parece haber sido reemplazado por los crímenes pasionales, la furia contra la humillación, preocupaciones por lo expresivo y

el estilo de vida. De forma similar Mary Kaldor (Kaldor y Vashee, 1997) habla de las nuevas guerras –las “guerras de la identidad”– con grupos étnicos atrincherados contra grupos étnicos o, en una escala más global, “Cruzadas” de Occidente contra el “terror” en las que un presidente fundamentalista, usando el lenguaje del fundamentalismo se dispone contra las fuerzas del fundamentalismo islámico.

7. Hacia una sociología del revanchismo

Oh tell me brave captain, why are the wicked so strong?
How do the angels get to sleep when the devil leaves his porch light on?⁴
(Tom Waits, “Mr. Siegal”, *Heartattack and Vine*, Asylum, 1980)

De la privación relativa hacia abajo, el sentimiento de que aquellos que trabajan o no lo hacen la tienen fácil, “a tus espaldas y gracias a tus impuestos”, es un sentimiento extendido. Así, mientras que ciertas clases medias “satisfechas” pueden bien sentir compasión por la *underclass* y la “satisfacción relativa” de su propia posición se puede traducir en sentimientos de caridad, aquellos que constituyen la gran mayoría descontenta tienden más a reclamar promoción a los programas de empleo, a señalar a los falsos desempleados, etc. Esta respuesta, más allá de su racionalidad, no es en sí misma punitiva: como mucho, es autoritaria, pero no es necesariamente revanchista. Pero atado a esta respuesta cuasi racional frente a una violación de los principios meritocráticos se encuentra frecuentemente un subtexto más apremiante, que busca no sólo corregir una supuesta resistencia a trabajar, sino

yendo más allá, a penar, menoscabar y humillar (véase Hallsworth, 2000; Pratt, 2000).

Los rasgos claves de este resentimiento son la desproporcionalidad, el estereotipo y el chivo expiatorio. Esto es, los grupos elegidos son vistos como contribuyendo a los problemas de la sociedad desproporcionadamente en comparación con su impacto real (por ejemplo, las madres adolescentes, mendigos, inmigrantes, consumidores de drogas) y son tratados como chivos expiatorios y presentados como actores claves en la creación de los problemas sociales. Su imagen es presentada de una forma extraordinariamente estereotípica, que guarda poca relación con la realidad. Así, en “La Sociedad Excluyente” señalo cómo parece haber una narrativa común sobre tales descripciones de los “demonios locales” de la modernidad tardía en la que son comunes desde las “madres solteras” hasta “los drogadictos” (véase Young, 199: 113).

⁴ “Oh, dígame, bravo Capitán, ¿por qué son los malvados tan fuertes? / ¿Cómo pueden dormir los ángeles cuando el diablo deja la luz de su entrada prendida?”

En el libro pionero de Sved Ranulf *Moral Indignation and Middle Class Psychology* (1964 [1938]) el autor se mostraba intrigado por el deseo de castigar a aquellos que no dañaban a uno directamente. Tal “indignación moral”, escribe, “es la emoción que está detrás de la tendencia desinteresada de infligir castigo [y] es una especie de envidia oculta” (1964: 1). El autor explora esta emoción usando el concepto de “resentimiento”, usado originalmente por Nietzsche en su condena a las bases morales de la ética cristiana y luego desarrollado por Max Scheler en *Das Ressentiment in Aufbau der Moralem* (1923). El resentimiento lleva en sí el impulso, tal como lo dice Merton, de “condenar lo que uno secretamente desea” (1957: 156). La innovación de Ranulf fue localizar sociológicamente al resentimiento y atar la fuente de la envidia a la represión y la autodisciplina. Así, escribe: “*La tendencia desinteresada de infligir castigo es una característica distintiva de la clase media baja, esto es, de la clase social que vive bajo condiciones que fuerzan a sus miembros a un nivel extraordinariamente alto de represión y los sujeta a mucha frustración de sus deseos naturales*” (1964: 198)

No puede ser un accidente que el estereotipo de la *underclass*: la vagancia, dependencia, hedonismo, irresponsabilidad institucionalizada, el uso de drogas, los embarazos adolescentes, la incompetencia, representen todos los rasgos que el ciudadano respetable tiene que suprimir para mantener su estilo de vida. O como lo dice Albert Cohen: “*La persecución esforzada de las metas culturalmente aprobadas, el escape de las metas prohibidas pero tentadoras, la adhesión a los medios sancionados normativamente, todo ello implica un cierto autocontrol, esfuerzo, disciplina, inhibición. ¿Qué efecto tiene en la mente del virtuoso la proximidad del malvado?*” (1965: 7)

Esta reacción social es la de la indignación moral más que la de la preocupación moral. Los demonios no son los caídos o los lastimosos que ocupan al filántropo, más bien son los que, a la vez, atraen y repelen: son los demonios dentro de nosotros mismos a los que debemos renunciar diariamente. De esta manera el estereotipo de las minorías no es una identidad completamente negativa, porque como nos lo recuerda Homi Bhabha en una frase elocuente, es “un modo de representación complejo, ambivalente y contradictorio, tan perturbador como asertivo” (1993: 70).

Los rigores de la modernidad tardía extienden estas represiones e inseguridades mucho más allá de una estrecha franja de clase. Una gran parte de la población está sujeta a la privación relativa y a las incertidumbres ontológicas y, agregado a ello, esto se exagera por las presiones y represiones necesarias para funcionar. No sólo el es trabajo inseguro y mal pago, las horas trabajadas son numerosas –las horas extra se entienden como un síntoma de compromiso y responsabilidad–, los hijos no se ven sino tras largas horas de viaje desde el trabajo –la gente habla de “*tiempo de calidad*” como un *eufemismo de poco tiempo*–, los fines de semana parecen cortos y el disfrute debe ser forzado, a menudo con la ayuda libre del alcohol. La “familia de carrera doble” se convierte cada vez más en una norma, con la planificación de los horarios de ambos padres y los hijos que esto conlleva. Es la experiencia del autocontrol y el sacrificio que convierte a una simple molestia (un sentido de injusticia) en revanchismo. Aún más, como el clima de presión laboral e inseguridad en el trabajo impregna una amplia banda de la estructura de clases, no se restringe a las clases medias-bajas que señalaba Ranulf, en línea con gran parte del pensamiento de la época preocupado por el ascenso y las bases sociales del fascismo (véase también Luttwak, 1995).

Seguramente no es difícil ver cómo una *underclass* que, al menos como estereotipo, es percibida como teniendo muchos hijos irresponsablemente pronto, andando por ahí todo el día con sus familias numerosas, teniendo vivienda pública provista casi gratis, viviendo de los planes de desempleo, quedándose

despierto hasta tarde bebiendo y tomando sustancias prohibidas y exóticas y, encima de ello, cometiendo incivildades y delitos predatorios contra los ciudadanos honestos, son un enemigo fácil. Dan en el blanco con cada punto clave de deseo y miedo.

8. Hacia una criminología de la trasgresión

Pero ¿qué hay de la *underclass*? Precisamente las mismas fuerzas que dan forma al resentimiento de aquellos más arriba en la estructura social hacia aquellos más abajo, sirven para constituir los sentimientos de exclusión en el punto más bajo de la estructura. Así, la privación relativa y la crisis de identidad afectan a ambas partes de la sociedad, aunque la dirección de la hostilidad así invocada y la intensidad de su impacto son, en realidad, muy diferentes.

En el caso de la *underclass* la privación relativa aguda forjada a partir de la exclusión

de la corriente central se compone de una amenaza diaria a la identidad: una falta de respeto, un sentido de ser un perdedor, de ser *nada*, de humillación. La fuente de esta falta de respeto sistemática yace, por supuesto, en las dinámicas de la privación, las crisis de identidad y la inhibición de aquellos en el mercado de trabajo secundario, los precariamente incluidos que he descrito más arriba. Se cristaliza en particular en las instituciones de vigilancia, en las que el pobre se convierte en el foco primordial de la atención policial, una "propiedad policial" (Lee, 1981).



Cuerpo de policía provincial formado en Rioja y San Martín, 1969.

El contingente controlaba una manifestación y misa realizada en la Iglesia del Carmen en homenaje a los estudiantes Cabral y Blanco, recientemente muertos por fuerzas policiales en las ciudades de Corrientes y Rosario respectivamente. Vladimir Imsand

9. Humillación y rebelión

I'll chill like Pacino, deal like De Niro, Black Gambino, die like a hero⁵
(Rakim 'Juice, (Know the Ledge), Nightingale, 1993: 184)

La etnografía de Carl Nightingale sobre la *underclass* negra de Philadelphia produce el valiente, casi audaz, salto de entender que la cultura del gueto no es la del aislamiento y la alienación sino que involucra una adopción entusiasta y desesperada de los valores norteamericanos mayoritarios. Y de hecho, el catálogo de valores está disponible: el énfasis en el consumo y la inmediatez, el machismo, el uso de la violencia como la forma preferida de resolver los problemas tanto en las películas como en las aventuras militares (y más recientemente en las películas sobre aventuras militares), los estereotipos racistas y las divisiones. Podría ser útil volver a los dos estigmas que la *underclass* enfrenta, el de la privación relativa (la pobreza y la exclusión de los principales mercados de trabajo) y la falta de reconocimiento (bajo status y falta de respeto). Ambas son formas de humillación, siendo la pobreza en medio de la abundancia el estigma más humillante de todos; como lo dice Bauman "una meta-humillación de varias clases, un terreno fértil en el que crece toda la falta de dignidad, un trampolín desde donde se lanza la humillación múltiple" (Bauman y Tester, 2001: 154). Tal crisis de identidad, una necesidad de combatir el sentimiento de "no ser nadie", ser un "perdedor", una persona sin valor, produce precisamente el mismo pro-

ceso de esencialización que he descrito anteriormente, experimentado por aquellos que son parte de los socialmente incluidos, aunque lo sean de forma precaria y tenue. Pero se produce con mucha mayor intensidad y con un contexto y un resultado distintos. Esto es, la generación de una noción de dureza, la firmeza, la diferencia del yo basada en el género (por ejemplo, la hipermasculinidad), la etnicidad, el barrio (el localismo) y la edad (la pandilla). Esto se ve claramente en la hipermasculinidad, con la que, como señala Nightingale, alrededor del quinto o sexto grado "los ojos brillantes de los alumnos empiezan a prepararse para asumir ese aspecto duro" (1993: 47). Los niños se metamorfosean a la vista de uno. Y tal proceso de esencialización de uno mismo se facilita mucho esencializando al otro. Pero no son los ricos y famosos los que son otrificados, no se forman divisiones verticales sino más bien horizontales: hombres contra mujeres, grupo étnico contra grupo étnico, pandilla contra pandilla, barrio contra barrio. A partir de las proyecciones esencializadas de los que están acomodados, la otrificación del pobre es utilizada por los pobres para esencializarse a ellos mismos. Tenemos entonces la autorreferencia como "negro"⁶, el culto a ser "malo", la inversión ética de "hijo de puta", "chorro" o "chico malo".

⁵ "Mataré como Pacino, negociaré como De Niro, Gambino negro, muere como un héroe."

⁶ En el original 'nigga', derivación de 'nigger': forma originalmente despectiva de referirse al negro, adoptada por la jerga pandillera. (N. del T.)

10. La criminología de la transgresión

“Miró al portafolio lleno de dinero, la bolsa del supermercado llena de cocaína, el portafolio y la bolsa, uno al lado del otro, en la esquina del cuarto. Es gracioso cómo ninguno de ellos significaba nada para él. El dinero no podía comprar nada mejor de lo que ya tenía ahora, de lo que sintió esa tarde: el riesgo de simplemente tomar algo que acabas de decidir que es tuyo, el sentimiento de caminar con la cabeza erguida mientras te vas. *La emoción...* todo se trataba de la emoción.

... Cooper iba a correr esta aventura tan lejos como pudiera, porque se *sentía* bien. Por supuesto, sabía como iba a terminar, de la misma manera que terminaba para todos los tipos como él, que nunca tuvieron chance, y no le importaba un carajo si alguien venía. El punto era caminar como un maldito hombre; y si caés, caés como uno también.”

(Pelecanos, 1998, énfasis en el original)

“Como delincuente he sido un fracaso lamentable. Cualquier dinero que haya ganado con el delito, lo podría haber ganado trabajando la mitad del tiempo que estuve preso. Mi carácter, descomprometido y adicto a correr riesgos, era una garantía de que no iba a tener éxito como ladrón o como bandido. Pero el dinero siempre fue una meta secundaria. El delito siempre se dirigía a objetivos más poderosos. Tomé el delito como un curso dictado por la vida misma; el éxito o fracaso en el hecho delictivo concreto nunca fue materia de mucha preocupación, ni se interponía en el camino de lo que de verdad buscaba, que era un estilo de vida en particular.

Tampoco soy una persona materialista. El dinero nunca ha sido o será mi objetivo primario. Afuera o adentro, siempre fui apreciado por los de mi clase. Mi vida era excitante y dramática; donde sea que estuviera,

yo era parte de la acción. Psicológicamente, tenía la satisfacción de personificar la contracultura con la que me identificaba, y encontraba esto confirmado por mi prestigio y notoriedad. Yo encarnaba la virtud suprema del criminal del bajo mundo, y gozaba del mayor cumplido que se podía a uno dar: estar en el juego.”

(McVicar, 1979; 197-8)

He hecho notar que la respuesta de los incluidos hacia los pobres es más que un deseo meritocrático de asegurarse que los beneficios sean repartidos con justicia y de que el trabajo no sea simplemente esquivado. Hay una cualidad denostativa pegada al fundamento del control. De forma similar, en lo que hace al delito, el giro punitivo tiene un revanchismo que va más allá de los principios del neoclasicismo y el castigo merecido. Lo mismo con el delito: la criminalidad de la *underclass* no es simplemente una cuestión utilitaria que involucra al robo de dinero, propiedad, bebidas o drogas, aunque estos elementos sean parte de la motivación. La violencia no es un simple instrumento para persuadir a la gente de separarse de su dinero ni una técnica de manejo en el mundo corporativo del crimen organizado. El uso de drogas no es una cuestión prosaica de los placeres del pobre, una experiencia psicoactiva alternativa para el *gin-tonic* después de un día duro en la oficina. Involucra todas estas cosas, pero sobre todo, tiene un costado trasgresor. Pues los trasgresores están impulsados por las fuerzas de la humillación; el núcleo utilitario siempre está, pero alrededor de él se construye un disfrute frecuente en el exceso, el placer de romper las reglas, la reafirmación de la dignidad y la identidad. Esto es lo que los criminólogos culturales –Ferrel

(1997), Presdee (2000), Hayward (2002, 2003), por ejemplo— han sacado a luz en su crítica de la criminología neoliberal.

En esta revisión de la sabiduría liberal convencional de las causas del delito necesitamos releer a los clásicos. Para Robert Merton (1938) el delito era una ruta alternativa hacia el Sueño Americano. En su famosa tipología, se trataba de una “adaptación”, un “ajuste” en el que la “presión” de no tener acceso a las oportunidades legítimas llevaba al recurso a las vías ilegítimas. Las metas de éxito se encontraban inmutables, el dinero para acceder a ellas simplemente se conseguía por vías ilegales. Jack Katz en su *Seductions of Crime* (1988), señala que la noción mertoniana del delito simplemente no encaja en la fenomenología del delito, en la versatilidad, el gusto, la sensualidad del hecho delictivo. Señala el atractivo de lo malo, las maneras del tipo duro, la magia transformadora de la violencia. Todo esto viene bastante al caso, pero en su correcto énfasis en el terreno olvidado de la infracción, el estado mental excitado del ofensor, rechaza las bases estructurales, un determinismo que él entiende como un grosero

materialismo, una apología liberal que intenta anudar demasiado fácilmente la pobreza al crimen, el mal entorno al mal comportamiento. Pienso que Katz, para invertir el saber convencional, sacando a luz a la acción y rechazando la estructura, termina por eliminar indistintamente lo bueno y lo malo. Nuestro trabajo es enfatizar tanto la estructura como la acción y rastrear cómo una constituye a la otra (véase Willis, 1997; Burgois, 1995; MacLeod, 1995 y la teoría de la reproducción social). Más aún, el problema estructural del gueto pobre no es simplemente un déficit de bienes—tal como sostendría Merton— es un estado de humillación. Y el crimen es transgresor porque está impulsado por la humillación y no por un simple deseo de redistribuir la propiedad. La teoría de la bulimia que he propuesto implica tanto la incorporación como el rechazo, la inclusión cultural y la exclusión estructural, como en Merton, pero va aún más allá, enfatizando que es esta combinación de aceptación seguida de rechazo lo que garantiza una dinámica del resentimiento de gran intensidad. *Es Merton con energía, Katz con estructura.*

11. La humillación de la exclusión

Para Merton (1938) el delito era una ruta alternativa al Sueño Americano, pues para el ciudadano expulsado de las oportunidades legítimas y donde las oportunidades ilegítimas eran fácilmente accesibles, el comportamiento delictivo era una forma normal de arreglárselas. La rica tradición subcultural que siguió a Merton, representada hoy por teóricos como William Julius Wilson (1987, 1995), desarrolla este análisis presentando con esfuerzo la noción que el delito ocurre cuando existe

“aislamiento social” con respecto al mundo del trabajo (véase también Wacquant, 1998).

Por el contrario, he argumentado que la marginalización sí tiene impacto. Los vendedores de crack del East Harlem de Philippe Bourgois, por ejemplo, están lejos de no conocer el mundo del trabajo legítimo. Son llevados con dudas hacia su exclusión, tienen fantasías sobre ser un “negro trabajador normal”, han estado en el trabajo y han sido humillados por el mundo del trabajo. Simul-

táneamente queriendo ser legítimos y despreciándolo, pero lejos de ignorarlo (véase Borgoís, 1995: ch. 4). Es esta humillación la que lleva a la naturaleza trasgresora de gran parte del delito, aunque su núcleo sea utilitario. Es esta trasgresión la que significa que aunque el delito sea un sustituto del trabajo, es difícilmente *como* el trabajo, tal como muchos teóricos nos quieren hacer creer. Por ejemplo, no es sólo la cualidad psicotrópica de la cocaína la que hacen a su tráfico un asunto errático, violento e irascible, tampoco es la naturaleza internacional de su comercialización la que produce a los cárteles como los de la margarina o el aluminio.

La metáfora del “delito como trabajo” está desesperanzadoramente sobrecargada. En sus rangos más altos el crimen organizado siempre ha involucrado a lo desafiante, lo irreverente y extravagante. Dick Hobbs, en su excelente obituario de John Gotti, el jefe de la mafia de Nueva York, lo cita diciendo a

sus subordinados: “*Tienen que meterse ahí con sus trajes y sus joyas... Póngaselas en la cara. Cuando la gente va al circo, no quieren ver a los payasos. Quieren ver a los leones y los tigres, y eso es lo que somos.*” (Hobbs, 2002: 18).

Y continuando más debajo de la escala, aquellos que crean que los vendedores de cocaína son gerentes de una compañía de distribución y que sus armas sólo están ahí para reforzar la validez de sus contratos por la falta de protección legal, están sufriendo de una dosis severa de neoliberalismo. Sólo hay que ir a cualquier club en Dalston, en Londres Este o Brixton, en el sur, mirar el oro, las joyas, ver cómo la acción se mezcla con el *ragga*⁷ y el *jungle*⁸, observar la arrogancia, escuchar las jergas: las pistolas no son sólo instrumentos, son sexy, lo suyo no es un trabajo, es excitación, no es una alternativa al trabajo, es una réplica sensual al tener que trabajar.

11.1. De la guerra del barrio a la verdadera guerra

Hemos visto en el estudio de Carl Nightingale del gueto negro de Philadelphia la extensión de la inmersión de los pobres urbanos en la cultura del consumo de los Estados Unidos. Esto está acompañado por una adopción de la noción de violencia como un medio fácil e inmediato para resolver los problemas sea favoreciendo la “firmeza paternal”, el entusiasmo por las películas de “acción” de Hollywood, o el apoyo hacia Bush I en la Primera Guerra del Golfo. Y pre-

cisamente, son los hombres jóvenes de esta cultura los que proveen la mayor proporción de soldados en el frente. Pues, como lo ha señalado John Galbraith, los pobres contribuyen en gran medida a los soldados que corren riesgo de muerte, mientras que los hijos de la clase media, “la comunidad de la satisfacción”, proveen muy pocas tropas de combate. Así, en los tiempos de la Primera Guerra del Golfo nota lo siguiente:

⁷ Estilo musical mezcla de *reggae* y *rap*.

⁸ Puede referirse a un estilo musical o a un campamento de vagabundos.

“Escribiendo esto durante los días en que el conflicto estaba desarrollándose bien y era celebrado, pregunté al decano de Harvard responsable de las cuestiones estudiantiles cuántos de sus recursos se habían ido voluntariamente a la guerra o habían sido llamados a ella y contestó ‘muy pocos’. Insistí por una cifra precisa. ‘Cero’, contestó.” (Galbraith, 1992: 141)

Paul Willis describe el desarrollo de la cultura de los jóvenes de la clase baja trabajadora como una “victoria pírrica”. Primero, se

enfrentan a su problema y crean una cultura del endurecimiento y el machismo para protegerse contra la humillación. Sin embargo, es esta pesada cultura de la resistencia la que los atrapa aún más en su problema. “La celebración cultural” nota amargamente “parece ser que ha durado justo lo suficiente para llevarlo a través de la puerta cerrada de la fábrica” (Willis, 1977: 107). En estos días de desempleo y “nuevas guerras” la cultura contemporánea del machismo lleva no tanto al suelo de la fábrica sino al frente de guerra.

11.2. Hip Hop a través de las fronteras

En este artículo he señalado las similitudes fenomenológicas y etiológicas entre la violencia criminal y la violencia del estado. He notado paralelos entre la esencialización y la deshumanización que facilitan la violencia sea en las calles, en la guerra o en las acciones de y contra el terrorismo. He argumentado contra el uso de binarios, contra el corriente discurso de la exclusión social que contrasta al ciudadano incluido y satisfecho, seguro y ontológicamente firme, con el miembro de la *underclass* excluido y que carece de todos estos positivos. He criticado la noción de la ciudad dual en la que los límites no se cruzan y en la que en cada parte de los binarios habita diferentes universos morales. Nada de esto descarta la muy real exclusión social y física en la que se encuadran las sociedades tardomodernas y la sistemática estigmatización y otrización que caracteriza a estas relaciones. Pero tal intensidad en la exclusión —y el correspondiente resentimiento de los excluidos— es alimentada por la similitud de los valores y las trasgresiones de los límites. El mundo de la modernidad tardía aborrece la separación, tanto como erige barreras ávidamente. La globalización no signi-

fica nada si no involucra la trasgresión: de un mundo que es acercado y de la disminución de las diferencias culturales en el que las barreras se agrietan día a día por la movilidad del trabajo y la perseverante penetración de los *mass media*. Los valores de la mayoría constituyen la vida normativa de la minoría y generan la bulimia que alimenta su descontento. La misma similitud de la *underclass*, su verdadera sobreidentificación con los valores del consumismo y el hedonismo, la coloca en situación de un blanco desprevisto para el resentimiento de los incluidos. Cada faceta de su comportamiento se burla de las represiones diarias de los incluidos. Hay, sin embargo, una fascinación, tanto como disgusto y miedo. La cultura de la *underclass* con su masculinidad compensatoria, su recurso a la violencia y al rampante individualismo —todas acentuaciones de la cultura general— a su vez influye en las películas, las modas y la música popular. Las calles guionan a las pantallas y las pantallas guionan a las calles. Las líneas son atravesadas, los límites son transgredidos y el centro comienza a parecerse a los márgenes como los márgenes al centro.

Bibliografía

- Banfield, E.** (1968) *The Unheavenly City*. Boston, MA, Little Brown.
- Bauman, Z.** (1998^a) *Globalization*. Cambridge, Polity [Trad: *Globalización*, FCE, Bs.As., 1999]
- Bauman, Z.** (1998b) *Work, Consumerism and the New Poor*. Buckingham, Open University Press [Trad: *Trabajo Consumismo y Nuevos Pobres*, Gedisa, Barcelona, 2000]
- Bhabha, H.** (1993) *The Location of Culture*. London, Routledge.
- Blok, A.** (1998) 'The Narcissism of minor differences', *European Journal of Social Theory*, 33-56.
- Bourgeois, P.** (1995) *In search of Respect*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Brchell, B.** (1999) *Job Insecurity and Work Intensification*. York, Joseph Roundtree Foundation.
- Byrne, D.** (1999) *Social Exclusion*. Buckingham, Open University Press.
- Cohen, A. K.** (1965) 'The Sociology of the Deviant Act: Anomie Theory and Beyond', en *American Sociological Review* 30: 5-14.
- Currie, E.** (1997) 'Market, Crime and Community', *Theoretical Criminology* 1 (2): 147-72.
- Nelson, M.** (1998) *Crime and Everyday Life* (2 Ed.). Thousand Oaks, CA: Pine Forge.
- Ferrell, J.** (1997) 'Criminological Verstehen: Inside the immediacy of crime', en *Justice Quarterly* 14(1): 3-24.
- Ferrell, J., D. Milanovic y S. Swing** (2001) 'Edgework, Media Practices and the Elongation of Meaning', en *Theoretical Criminology* 5 (2): 177-202.
- Fraser, N.** *Justice Interruptus*. New York, Routledge.
- Freud, S.** (1929) *Civilization and its Discontents*. Harmondsworth, Penguin. [Trad: *El Malestar en la Cultura*]
- Galbraith, J. K.** (1992) *The culture of Contentment*. London, Sinclair Stevenson [Trad: *La cultura de la satisfacción*. Barcelona, Ariel, 1992].
- Gans, H.** (1995) *The War Against the Poor*. New York, Basic Books.
- Garland, D.** (2001) *The Culture of Control*. Oxford, Oxford University Press. [Trad: *La cultura del control*. Gedisa, Barcelona, 2005]
- Giddens, A.** (1991) *Modernity and Self Identity*. Cambridge, Polity. [Trad: *Modernidad e Identidad del Yo*. Península, Barcelona, 1994]
- Gorz, A.** (1999) *Reclaiming Work: Beyond de wage based society*. Cambridge, Polity Press.
- Gregson, M. y M. Lowe** (1994) *Serving the Middle Classes*. London, Routledge.
- Hagedorn, J.** (1991) 'Gangs, Neighborhood and Public Policies', *Social Problems* 38 (4): 529-42.
- Hallsworth, S.** (2000) 'Rethinking the Punitive Turn', *Punishment and Society* 2 (2), 145-60. [Trad: 'Repensando el giro punitivo', *Delito y Sociedad*, n° 22, UNL, 2006]
- Harrington, M.** (1963) *The Other America*, Macmillan, New York.
- Hayward, K.** (2002). 'Crime, Consumerism and the Urban Experience', PhD Thesis, School of Law, University of London.
- Hayward, K.** (2003) *Crime, Consumerism and the Urban Experience*, Glasshouse Press (en imprenta), London.
- Hills, J., J. LeGrand y D. Pinchud** (eds.) (2002) *Understanding Social Exclusion*, Oxford University Press, Oxford.
- Hirst, P. y J. Thompson** (1999) *Globalisation in Question* (2^a Ed.), Polity. Cambridge.
- Hobbs, D.** (2002) 'Obituary of John Gotti', *The Independent*, 12 de junio, 18.
- Hobsbawn, E.** (1994) *The Age of Extremes*, Michael Joseph, London.
- Ignatieff, M.** (1999) *The Warriors Honor*, Vintage, London.
- Jamieson, R.** (1998) 'Towards a Criminology of War in Europe' en V. Ruggiero, N. South e I.

- Taylor (eds.) *The New European Criminology*, Routledge, London.
- Kaldor, M. y B. Vashee** (1997) *Restructing the Global Military Sector, Vol. 1, New Wars*, Premier, London.
- Katz, J.** (1988). *Seductions of Crime*, Basic Books, New York.
- Lee, J. A.** (1981) 'Some Structural Aspects of Police Deviance in Relation with Minorities Groups' en C. Shearing (ed.) *Organisational Police Deviance*, Butterworth, Toronto.
- Luttwak, E.** (1995) 'Turbo-Charged Capitalism and its Consequences', *London Review of Books* 17(21): 6-7.
- Lyng, S.** (1990) 'Edgework: A social psychological analysis of voluntary Risk Taking', *American Journal of Sociology* 95(4): 876-921.
- MacLeod, J.** (1995) *Ain't no Makin' It*. Boulder, CO, West View.
- MacVicar, J.** (1979) *MacVicar: By Himself*, Arrow, London.
- Merton, R.** (1938) 'Social Structure and Anomie', *American Sociological Review*, 3: 672-82.
- Merton, R.** (1957) *Social Theory and Social Structure*. Glencoe, IL: Free Press. [Trad: *Teoría y Estructura Social*].
- Mishel, L., J. Bernstein y J. Schmitt** (2001) *The State of Working America 2000-01*, Ithaca, Cornell University Press, New York.
- Money, G. y M. Danson** (1997) 'Beyond Culture City: Glasgow as a Dual City' en N. Jewson y S. MacGregor (eds.) *Transforming Cities*, Routledge, London.
- Money J. y J. Young** (2000) 'Policing Ethnic Minorities' en B. Loveday y A. Marlon (eds.) *Policing after the Stephen Lawrence Inquiry*, Lyme Regis, Russell House.
- Morrison, W.** (1995) *Theoretical Criminology: From Modernity to Post Modernism*, Cavendish Publishing, London.
- Morrison, W.** (2003) *Criminology, Genocide and Modernity: Remarks on the Companion Criminology Ignored*, en P. Beirne y C. Sumner (eds.) *Blackwell Companion to Criminology*, Blackwells, Oxford.
- Murray, C.** (1984) *Loosing Grown*, Basic Books, New York.
- Nightingale, C.** (1993) *On The Edge*, Basic Books, New York.
- O'Malley P. y S. Mugford** (1994) 'Crime Excitement and Modernity', en C. Barak (Ed.) *Varieties in Criminology*. Westport, CT, Praegar.
- Pelecanos, George P.** (1998) *King Suckerman*, Serpents Tail, London.
- Pratt, J.** (2000) 'Emotive and Ostentatious Punishment: Its Decline and Resurgency in Modern Society', *Punishment and Society* 2 (4): 417-40. [Trad: 'Castigos Ostentosos y Emotivos', *Revista Delito y Sociedad*, nº 22, UNL, 2006.]
- Presdee, M.** (2000) *Cultural Criminology and the Carnival of Crime*, Routledge, London.
- Ranulf, S.** (1964 [1938]) *Moral Indignation and Middle Class Psychology*, Schocken, New York.
- Rieff, D.** (1993) *Los Angeles: Capital of the Third World*, Phoenix/Orion, London.
- Scheler, M.** (1923) 'das ressentiment im Aufbau der Moralem' en *Van Ursturz der Werte*, I. Liepzig.
- Social Exclusion Unit** (1999) *Bringing Britain Together: A National Strategy for Neighborhood Renewal*, The Stationery Office, London.
- Thompson, G.** (2000) 'Economic Globalisation?' en D. Held (ed.) *A Globalizing World? Culture, Economics and Politics*, Routledge, London.
- UN** (1999) *World Investment Report 1999: Foreign Direct Investment and the Challenge of Development*. UN, UNCTAD.
- Wacquant, L.** (1998) 'Inside The Zone: The Social Art of the Hustler', *Theory, Culture and Society* 15 (2): 1-36.
- Willis, P.** (1977) *Learning to Labour*, Aldershot, Gower.
- Wilson, W. J.** (1987) *The Truly Disadvantaged*, IL, Chicago University Press, Chicago.

Wilson, W. J. (1995) *When Work Disappears*, Knopf, New York.

Young, J. (1981) 'Beyond the Consensual Paradigm', en S. Cohen y J. Young *The Manufacture of News*, Constable, London.

Young, J. (1999) *The Exclusive Society*, Sage, London, [Trad: *la Sociedad Excluyente*, Marcial Pons, Madrid, 2003].

Young, J. (2001) 'Identity, Community and Social Exclusion', en R. Matthews y J. Pitts (eds.) *Crime, Disorder and Community Safety*, Routledge, London.

Young, J. *Crime and Social Exclusion*, en M. Maguire, R. Morgan y R. Reiner (eds.) *The Oxford Handbook of Criminology*, (3ª Ed.), Clarendon Press, Oxford.



Manifestación estudiantil en repudio a la invasión de Santo Domingo, 8 de mayo de 1965.
La invasión fue consumada por tropas de la Organización de Estados Americanos con el patronazgo de los Estados Unidos. Esteban Courtalon